

PABLO RICHARD en Córdoba

*El pasado 20 de septiembre nos enteramos de la triste noticia del fallecimiento de nuestro amigo y compañero **Pablo Richard**. A su memoria compartimos la desgrabación de una charla de este importante teólogo y biblista popular, en el marco del **VI Encuentro de Reflexión Mons. Angelelli** bajo el lema "Desde aquí anunciamos la esperanza que tanta falta nos hace", organizado por nuestro Centro Tiempo Latinoamericano en el mes de agosto de 1997. Para saber más de aquella actividad, en la página web de nuestra revista se puede consultar el número 58. Los subtítulos son de autoría RTL.*

Estoy profundamente agradecido que me hayan invitado para esta celebración en el martirio de Monseñor Enrique Angelelli, acá en Córdoba, Argentina. Hace mucho tiempo que no venía por estas tierras, aquí en Córdoba nunca había estado. Así que para mí es realmente un privilegio estar aquí, sobre todo con este tema de la esperanza. No sé por qué, pero así ha sido la vida, esa idea esa pasión por la esperanza me ha perseguido en estos últimos 25 años, después de ese golpe de estado sangriento de Pinochet, en el que tuve que salir así entre gallos y medianoche hacia Perú primero, después hacia Francia y finalmente aterricé allá en Centroamérica. Llegue seis meses antes del triunfo Sandinista, cuando todo Centroamérica ardía por los cuatro costados. Se iniciaba ese proceso

revolucionario en Nicaragua cargado de esperanza. Pero también desencadenaba toda la furia del norte que finalmente pudo destruir ese proceso por dentro y por fuera. Pero también me tocó acompañar esas comunidades en El Salvador, Guatemala, el sur de México, Panamá, el Caribe también, Cuba, República Dominicana, Haití. No sé por qué aterricé allá. He vivido estos 20 años y podría resumir el camino o el carisma si quiere, no sé que Dios me ha concedido en estos años, con esa palabra tan sencilla que es la esperanza, la reconstrucción de la esperanza.

Creo que eso es un poco el sentido de estos tiempos que estamos viviendo de reconstrucción de la esperanza. Entonces quisiera esta noche iniciar esta conversación que mañana y en los días

siguientes, tanto en la mañana como en la tarde, estaremos profundizando. ¡Que hermoso es hacerlo en esta celebración del martirio de Monseñor Enrique Angelelli! Yo no lo conocí personalmente, pero siempre me llegó el eco de su actividad, de su palabra, de su esperanza. Me tocó conocer otro gran profeta y conocerlo muy de cerca, que fue Oscar Arnulfo Romero. Y creo que aquí Angelelli es un poco el Romero de aquí de Argentina. Así lo siento, como ese gran profeta que nos ilumina junto con Romero y también en Ecuador junto a Monseñor Labaka, otro obispo Mártir de América Latina, allá en las selvas amazónicas del Ecuador que también murió dando testimonio de esta esperanza. Ya tenemos tres grandes profetas. Estuve en la tumba de Monseñor Labaka, lo conocí. He estado también en todas las celebraciones que se han hecho por el martirio de Monseñor Romero y ahora esta gran alegría que me faltaba: ¡la celebración de Don Enrique Angelelli acá en Córdoba! Es por eso que digo: es un privilegio. Hay algo de misterioso esta noche, porque no sé si fue así pensado por los organizadores. Creo más bien que es algo providencial no? Llegar acá celebrando justamente este aniversario bajo el lema de la esperanza, esa esperanza desde aquí y que tanto nos hace falta.

Como digo, este tema de la esperanza me ha perseguido insistentemente más allá de lo que uno piensa,

imagina, desea durante estos veinte años. No es una casualidad. Quisiera esta noche dar el inicio a esta reflexión. Ya mañana podemos profundizar en muchas otras cosas, pero por lo menos iniciarnos en este tema de la esperanza.

Tiempos de cambios y la esperanza capitalista

Como ustedes saben, y los antiguos en carne propia, en estos últimos años, desde el comienzo de esta década del 90, hemos vivido grandes cambios. Como que la historia comenzó de nuevo: con las crisis de los socialismos históricos, la caída del muro de Berlín, este proceso de globalización que se impone de una manera tan compulsiva, esta integración del mundo por la ciencia y la tecnología, el mercado, este nuevo orden internacional que se nos impone. Como que el mundo cambió de un momento a otro. Allá en Centroamérica nos hicieron sentir también que el mundo cambiaba, con toda la tierra, contra la revolución Sandinista. Finalmente pudo aplastar esa revolución, si bien el proceso sigue adelante. Pero también con la invasión a Panamá, la muerte de los padres Jesuitas el 16 de noviembre de 1989. Es decir, una serie de hechos que se sucedieron entre el 89, 90, 91 nos hicieron sentir que el mundo había cambiado radicalmente y profundamente a tal punto que muchos dicen que no estamos viviendo una época de cambios sino un cambio de época, una crisis profunda. Algunos

se atreven a pensarla como una crisis de civilización, una crisis de modernidad. Esta modernidad que nació incluso con la Revolución Industrial, la Revolución Francesa, con el Iluminismo. En fin, una crisis profunda de civilización, de modernidad. Algunos hablan de posmodernidad, pero pareciera que esa posmodernidad no es sino la misma crisis de la modernidad. Entonces vivimos un cambio de época, nace un nuevo sistema internacional. Ahora lo trágico es que el nuevo sistema que nace, esta globalización, esta integración del mundo por el desarrollo tecnológico, por el desarrollo de la ciencia y sobre todo del mercado; se nos impone como la única alternativa. Y hay un triunfalismo cierto, en ese enfrentamiento que vivimos durante tanto tiempo entre capitalismo y socialismo. Ahora el capitalismo se presenta como triunfante, como el que ganó, el que se impuso y que tiene todo el poder para organizar el mundo entero. Desde una determinada perspectiva globalizadora, con una ideología soberbia, el neoliberalismo que pretende cambiar los fundamentos mismos de la filosofía, de la tradición del cristianismo. Se impone también como la única alternativa. Se habla del final de la historia. Como que hubiéramos llegado al final de la etapa de la historia. Se utiliza la crisis de los socialismos históricos para destruir toda alternativa. Pensar ya una alternativa, tratar de construir una alternativa es atacado ferozmente como algo del

pasado, algo que ya no tiene sentido porque el mundo llegó a la perfección con la economía de mercado, con la ideología neoliberal. Se utilizan las crisis pasadas para destruir toda esperanza. Se utiliza también la crisis del marxismo para destruir toda conciencia, toda teoría, toda reflexión teórica. Cualquiera que tenga una teoría radical, crítica es inmediatamente agredido. Como que todavía se ha quedado en el pasado, no ha descubierto la maravilla del sistema de globalización neoliberal. Cualquier intento crítico es inmediatamente deslegitimado, agredido y atacado. Los críticos somos los que todavía vivimos en el pasado, no hemos entrado en este Reino que está irrumpiendo. Hace poco por ahí; Michel Camdessus, del Banco Mundial, del FMI escribía un artículo con el título: “Reino de Dios y economía de mercado”, demostrando cómo en el mercado definitivamente ya la humanidad entró en la última etapa de la construcción del Reino de Dios. Se trata de un mesianismo: hay que creer en la economía de mercado, porque esta economía definitivamente va a arreglar los problemas de la humanidad. Es curioso, pero a veces, cuando estos ideólogos, estos teólogos del nuevo sistema de globalización hablan por la televisión, hablan exactamente como nosotros hablábamos hace 20 años con ese optimismo que teníamos allá en Centroamérica. Que nos sentíamos con la historia en las manos, del

cíamos “el presente es de lucha pero el futuro es nuestro”. Bueno, así hablan ahora los grandes mesías, los grandes gurús, los teóricos, los teólogos de esta economía de mercado. Dicen “ahora hay dificultades, pero el presente está ya definitivamente en manos de este sistema de globalización”. Se sienten realmente los dueños del mundo, los dueños de la historia y hasta casi dueños de Dios y del Reino de Dios, con este sistema de globalización.

Entonces este optimismo, este mesianismo, está totalmente orientado a la destrucción de la esperanza y orientado a realizar la esperanza que siempre tuvieron los grupos dominantes: construir un mundo donde los pobres no tuvieran esperanzas. Ésa fue la gran esperanza de los grupos dominantes. Finalmente construir un mundo donde los pobres, los excluidos, los marginados, los críticos, los intelectuales, la Iglesia no tuvieran esperanzas. Construir un mundo sobre la total y radical destrucción de toda esperanza, de todo pensamiento crítico, de todo intento de transformación.

Reconstruir la esperanza a partir de la defensa de la vida

Entonces se nos impone un trabajo muy sistemático a todo nivel de reconstrucción de la esperanza. No una esperanza idealista, una esperanza sentimental romántica; sino una esperanza real fundada en un análisis económico,

político, sociológico, antropológico a todo nivel: cultural, ético, espiritual. Y sobre todo la reconstrucción de la esperanza a partir de espacios de vida. Espacios de defensa de la vida, a partir de la situación actual. Yo pienso que esta misma tarde, esta misma noche aquí, hemos aquí tocado la esperanza. Toda esta gente que subió aquí hasta arriba hicieron visible esa esperanza, la sentimos, la tocamos, la palpamos con nuestras manos. Esa esperanza está por todas partes en América Latina. Es increíble cómo surge esa esperanza. Por lo tanto, la reconstrucción de la esperanza no es a partir de la nada, hay miles y miles de millones de signos de vida que están apuntando esa esperanza, que están reconstruyendo esa esperanza. No sé por qué, si por gracia o por desgracia, me toca viajar mucho y estoy continuamente dando cursos de Biblia, dando cursos de Teología a lo largo y ancho de este continente. Y en todas partes surgen grupos de personas, organizaciones, movimientos que están de hecho reconstruyendo la esperanza. O sea, la esperanza está. Lo que tenemos que hacer es descubrirla, hay que pensarla, hay que articularla, hay que darle consistencia como decía, en todo nivel: económico, político, psicológico incluso, espiritual, épico, eclesial. Hay que construirla, hay que articularla. Pero la esperanza nunca ha dejado de estar, incluso en situaciones límites. Estoy pensando en un país donde quizás la destrucción de la Es-

peranza, la violencia ha llegado a grados demenciales, altísimos como es Colombia. He estado dos veces este año en Colombia y si bien es el país más violento, en este momento donde la violencia se instaure como una lógica destructiva e implacable; es también el país donde hay una respuesta más impresionante, más aguerrida, más articulada en este camino de reconstrucción de la Esperanza. Cada entidad, cada grupo, cada movimiento junto con una sociedad civil extremadamente desarrollada. Es decir que allí donde la agresión contra el pueblo ha sido la más alta, la más violenta; allí la respuesta también es altísima y así por toda América Latina y el Caribe. Por todos lados se está reconstruyendo la esperanza, no es algo utópico, algo idealista. Esa esperanza está naciendo, pero cómo descubrirla, cómo articularla, cómo pensarla, cómo descubrir el proyecto de vida que está naciendo, cómo darles objetivos a corto, mediano y largo plazo, cómo construir una utopía a partir de esa esperanza, ahí está la tarea. Pero es ya una tarea sobre un terreno que está en cierto sentido no conquistado. La esperanza está ahí presente, pero todavía hay mucho trabajo por hacer a todo nivel para que esa esperanza tenga consistencia, tenga fuerza y sobre todo apunte hacia un sistema, a una sociedad alternativa.

Siempre digo que vivimos un tiempo un poco curioso, es un tiempo que diría yo de transición. Pienso que

hay que aceptar el carácter de este tiempo que estamos viviendo, un tiempo de transición. ¿Por qué digo de transición? Porque murieron las grandes utopías, los grandes proyectos, las grandes esperanzas del siglo pasado. Hace muy poco en los 70 en los 80 teníamos grandes proyectos. A mí que me tocó vivir, por ejemplo, esos años de la Unidad Popular en Chile. Cómo nos enardecimos por un proyecto nuevo!, de una nueva sociedad realmente. Yo vivía, como dicen aquí, en una villa. Viví esos 3 años y me tocó sentir cómo el pueblo se levantó en pos de un proyecto socialista de cambio de sociedad, la juventud, los intelectuales... Realmente fue una explosión de esperanza en un nuevo proyecto, en una nueva sociedad.

Y después, cosa curiosa, el mismo Pinochet me mandó a Nicaragua y tuve que llegar allá por Centroamérica y me tocó otra vez vivir ese proyecto sandinista de transformación global que inflamó todo Centroamérica. Otra vez los campesinos, los intelectuales, los grupos organizados, las clases medias; incluso en esa Revolución los sectores industriales, comerciantes, profesionales; todos empezaron a pensar un nuevo proyecto de sociedad y cómo esos proyectos fueron aplastados en Chile, en Nicaragua, en Guatemala. También en Haití. Voy mucho por ese lado, con Aristide, un cura villero que trabajaba con los niños de la calle, supo proyectar un modelo de sociedad

distinto. Y cómo también ese proyecto fue estrangulado, le cortaron el crédito, lo estrangularon, lo hundieron. Entonces los grandes proyectos de sociedad, las grandes esperanzas de los años 70, 80 pasaron. Acabaron todos esos proyectos, terminaron. Y todavía no aparece cuál va a ser esa alternativa para el siglo XXI, para el tercer milenio. Terminaron proyectos pasados y todavía no aparecen los proyectos claros de alternativa hacia el futuro. No sabemos todavía cómo se va a organizar la sociedad a partir del año 2000, los próximos decenios. Murieron los proyectos del pasado y todavía no aparecen los proyectos del futuro. Es un tiempo de transición y desgraciadamente muchos en este tiempo han caído en la desesperanza, en la desesperación y muchos incluso en el cinismo, se han acomodado, “sálvese quien pueda”. Muchos también caen en un pesimismo agresivo, viven maldiciendo, viven agrediendo, es un tiempo de desesperanza y de confusión.

Transformar este tiempo de transición en algo creativo: crear y poner fundamentos

Pero yo pienso que podemos transformar este tiempo de transición en algo creativo, en algo positivo; es cierto que no vemos muy claro, es cierto como decía las grandes luces del pasado se extinguieron y todavía no aparece en el horizonte lo que va a ser el futuro. Es un tiempo difícil, pero podemos trans-

formar este tiempo de transición en un tiempo altamente creativo y eso es parte de esa reconstrucción de la esperanza. Hay un dicho que una vez escuché en Chile que me ha impactado siempre mucho y que dice así: “Es mejor encender una luz, que maldecir las tinieblas”. Porque hay mucha gente que se dedica a maldecir las tinieblas, malditos los que nos hundieron en el pasado, malditos los que construyen un futuro de miseria para las mayorías; pero malditos los unos, pero malditos los otros. ¿Cuál es la luz que estamos realmente encendiendo? No podemos vivir este periodo de transición como un periodo oscuro de desesperanza, de maldición. Tenemos que transformar este periodo en un periodo positivo y creativo. Yo pienso que en esta época de transición lo más importante es poner fundamentos. Poner fundamentos nuevos en esta época que estamos viviendo. No es una época de grandes multitudes, de grandes masas, de grandes éxitos, de grandes certezas. Quizás no lo sea, pero eso no quita la obligación, la responsabilidad histórica de construir fundamentos. Los fundamentos normalmente, por ejemplo los fundamentos de un edificio, están bajo tierra no se ven. Además los fundamentos no son bonitos, son rudos, son toscos porque se busca la fuerza, la solidez más que la belleza. Ya cuando se construye sobre los fundamentos ahí lo estético, la belleza es importantísima. Pero a nivel de fundamento la solidez

es lo importante y como digo, los fundamentos están bajo tierra no se ven, por eso que es difícil construir fundamentos. Es fácil lo que se ve, la multitud, el éxito, la certeza; como las vivíamos antes que todavía no logramos construir las para el futuro. En esta época lo cualitativo es más importante que lo cuantitativo, es decir la calidad de lo que hacemos sobre el número. Por supuesto que tenemos que tratar de tener el mayor número posible, pero lo cualitativo es más importante que lo cuantitativo. Pienso que poner fundamentos es una tarea responsable y positiva para este tiempo de transición que estamos viviendo. Y fundamentos en todo nivel: práctico y teórico, a nivel personal y comunitario, a nivel económico, político, psicológico. Pero también a nivel ético, cultural, espiritual a todo nivel.

Tenemos que crear fundamentos, construir nuevos sujetos históricos, construir una nueva conciencia, una nueva visión teórica, una nueva manera de pensar la realidad, de pensar la política, de pensar todas las actividades humanas. Y también a nivel Iglesia, a nivel teológico, espiritual es necesario construir fundamentos.

Alguien ha dicho por ahí que en esta época debemos trabajar como hormigas y como arañas. ¿Dónde está la fuerza de las hormigas? Las hormigas son chiquitas, muy chiquitas. La fuerza de las hormigas está en su coordinación y en su número. Aunque hemos

dicho que el número no es tan importante. En fin, hoy día trabajar como hormigas significa unir muchos, muchos proyectos que son todos pequeños. Alguien decía que ya pasó el tiempo de los elefantes que eran grandes líderes, grandes proyectos, grandes partidos, grandes instituciones. No, hoy día todo lo que hacemos es pequeño y humilde. Pero la fuerza está en que son muchos, mucha gente haciendo lo mismo, esto que vimos hoy día aquí y que tocamos con nuestros ojos; esa Esperanza con rostro humano que vimos esta tarde, lo podemos encontrar en todos los rincones de América Latina. En todos los rincones, en todas las ciudades, en todos los suburbios, en el campo; en todos los países, en todas las culturas de América Latina. Es una fuerza que está construyendo fundamentos. Quizás no se ve de una manera espectacular, pero su fuerza reside en que está en todas partes, como las hormigas y yo pienso que estas hormigas están poniendo nervioso al sistema. Es como cuando nos sentamos en un hormiguero y que a los 8 minutos uno empieza a rascarse por todos lados, por todo el cuerpo y no sabe qué le está pasando. Hasta que descubre que son las hormigas. Pues bien, nosotros en esta etapa de transición, estamos desarrollando este hormiguero. Cómo se van a articular estos millones de pequeñas y casi insignificantes e invisibles experiencias no lo sabemos, pero seguimos trabajando

como hormigas y también como arañas. ¿Qué es lo que hacen las arañas? Tejen redes, se enredan, se van enredando con sus redes. También hoy en día, otra actividad es la de las redes. Nos vamos enredando unos con otros y es increíble cómo el enredo está creciendo. Un grupo aquí, con otro grupo allá, con una persona que mandó un folletito, una persona que viajó... Se van haciendo redes en todas partes, redes de grupos solidarios, redes de mujeres, redes de intelectuales, redes de pobladores. Cualquier actividad nueva que nace se va enredando unas con otras. Entonces estamos trabajando como hormigas y arañas en este tiempo de transición y vamos acumulando fuerza, vamos construyendo nuevos sujetos y quizás estos sujetos con esta fuerza, en el siglo XXI, van a construir ya alternativas mucho más claras, mucho más estructurales, mucho más globales. Alternativas reales al actual sistema de globalización. No sabemos, pero por el momento, podemos de una manera muy creativa y activa ir construyendo fundamentos para que sobre ese fundamento, más adelante, podamos construir algo más grande. Pero en lo que quiero insistir es que este tiempo de transición es un tiempo creativo, un tiempo productivo muy importante y sobre todo, un tiempo para ir creando los sujetos más activos de ese futuro. Pienso que aquí adquiere una especial importancia el trabajo con los niños y la juventud. Pienso que realmente,

pero también simbólicamente, en sus manos está el futuro. Porque nosotros los que estamos cercanos a los 60, en 20 años más no vamos a estar, pero los jóvenes van a estar y los jóvenes van a tener el mundo en sus manos. Entonces el trabajo con los jóvenes adquiere una importancia fundamental, real y también simbólica. Todo lo que hagamos en la formación de los futuros actores, de los futuros sujetos constructores de una sociedad alternativa a esta globalización neoliberal adquiere una especial importancia. Pero no solo los jóvenes, también las mujeres que han sido durante siglos excluidas. Yo creo que van ser especiales sujetos constructores de las nuevas alternativas o también los más excluidos como los indígenas, los negros, los campesinos que son hoy día radicalmente excluidos. Son los sujetos, invertir en esos sujetos sin saber todavía, allí es donde está la Fe, la Esperanza que hay que tener en estos tiempos de transición, sin saber todavía cuál va a ser el edificio, cuál va a ser la alternativa no la vemos todavía muy clara. La vamos esbozando, pero no hay aún una alternativa que tenga toda la fuerza que tiene el sistema de globalización neoliberal, que tenga todo ese peso, esa lucidez, esa falsa lucidez que tiene para ellos la ideología neoliberal. No sabemos. Pero por lo menos vamos construyendo los sujetos, vamos poniendo energía, vamos invirtiendo en los que serán los sujetos constructores en un

futuro muy próximo de esa nueva sociedad.

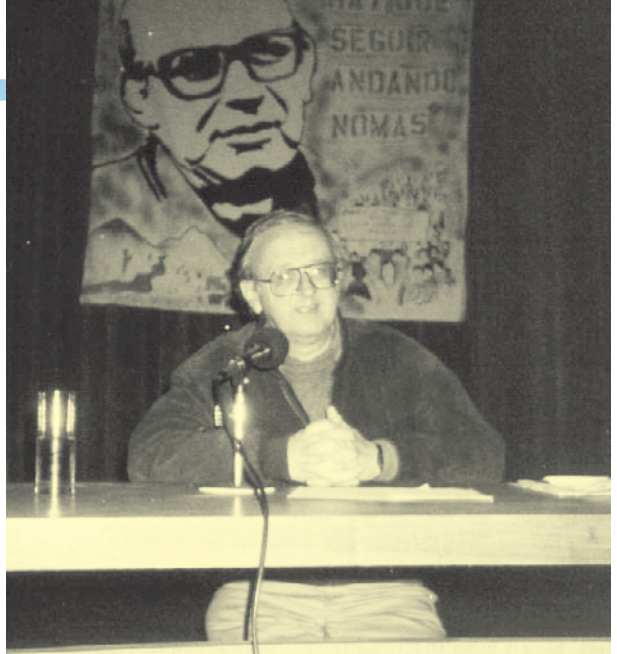
Vivimos un tiempo de transición donde hay que reconstruir las utopías

Vivimos un tiempo de transición donde hay que poner fundamentos. Y una última idea en esta época de transición, que es una época activa, positiva de construcción de la esperanza, es el tema de las utopías. Una de las cosas que más celebraron los teólogos, los ideólogos neoliberales del sistema de globalización es el fin de las utopías, el fin de estos sueños, el fin de estos proyectos de sociedad. Incluso todos ideólogos, filósofos del neoliberalismo como Hayek, Friedman, Rostow y todas estas bestias, han tendido a destruir las utopías. Todas las utopías. Incluso hablan de que el pensamiento utópico es peligroso, que es irreal. Hay un ataque a las utopías. La reconstrucción de las utopías adquiere también en esta época de transición una especial importancia. Ahora bien, hay que tener cuidado con entender a las utopías como objetivos. De fines a muy corto plazo o programas a realizar en los próximos 10 años o modelos de sociedad muy definidos, muy inmediatos, muy concretos. No, todavía no estamos en ese plano. Pero una utopía es ir diseñando un modelo de sociedad, una organización social donde todos tengan vida y vida en abundancia; ir diseñando, ir dibujando un proyecto de sociedad donde todos, especialmente los

excluidos, los pobres, tengan prioridad tengan un especial protagonismo, una especial participación. Ir diseñando un modelo de sociedad. Quizás no la bautizaremos, no le pondremos un nombre, pero ir pensando cuál es el único modelo que, desde nuestra perspectiva humanista y cristiana, podríamos aceptar. Pensar cómo en ese modelo funcionarían todas las fuerzas, cómo funcionaría la tecnología, cómo funcionarían los medios de comunicación, cómo sería la ciencia, las relaciones sociales, cómo sería la familia, cómo sería la vida en barrios, cómo se organizaría la producción sin desempleo, sin exclusión, cómo sería el trabajo humano. En fin, empezar a desarrollar la utopía. Ahora ¿cuál es la función de esta utopía? Es la de orientar. La función de la utopía es la de orientar nuestra práctica, orientar nuestro pensamiento; incluso nuestra afectividad, nuestra imaginación, todo el potencial humano, darle una dirección. Sin saber dónde, cuándo y cómo llegaremos a esa utopía. Pienso que la respuesta a esas tres preguntas: dónde, cuándo y cómo nunca lo sabremos. En ese sentido la utopía sigue siendo un sueño, sigue siendo una proyección irrealizable porque no sabemos el dónde, el cuándo y el cómo. Pero lo importante es creer que hacia allá vamos y que solo podemos ir en esa dirección y que todo lo que se aparte de esa dirección es erróneo. O sea, trazar una línea histórica hacia adelante. Qui-

zás estamos a muchos kilómetros, a muchos años luz o a muchos siglos. No sabemos. Quizás estamos cerca o quizás estamos lejos, pero lo importante es que hacia allá vamos y que establezcamos un criterio de discernimiento de todo lo que vamos haciendo. Un criterio ético para saber dónde está lo bueno y lo malo; lo verdadero o lo falso; lo bello o lo feo. Es una especie de criterio básico de discernimiento; como los antiguos, que siempre se preguntaban qué es lo verdadero, qué es lo racional, qué es lo bello. Pero bueno, también hoy en día, qué es bueno, qué es racional, que es verdadero qué es bello incluso, para poder tener un criterio para un discernimiento real profundo; tenemos que construir esas utopías aunque no sepamos el dónde, el cuándo, el cómo. Pero para allá es donde tenemos que ir sin saber si estamos a 1 km, a 10 kms. o a 1000 kms; a 3 años, a 8 años o a 2 siglos de distancia. Pero por lo menos plantear que la vida humana tiene sentido si vamos hacia allá. Por eso en ese sentido, tenemos que ser utópicos, si es posible para largo, si es posible para mucho, porque nos da la racionalidad. Es decir, lo que tenemos que construir en esta época de transición es la racionalidad, la lógica que nos permita encontrar alternativas. Quizás todavía no tenemos la fórmula matemática, la fórmula política, la fórmula económica para construir esa alternativa pero por lo menos ir construyendo la racionalidad, la lógica,

el espíritu, la épica que nos permita orientar la humanidad en esa dirección. Encontrar la lógica que nos permita encontrar esa alternativa sabiendo que eso nos puede tomar tiempo no importa, pero por lo menos tener la lógica hacia dónde vamos y cómo definir esa racionalidad. Esa lógica para buscar alternativas tiene un criterio que es fundamental en esta reconstrucción de la Esperanza que es la vida humana y la vida cósmica que no se puede separar. La defensa de la vida para todos, que todos tengan vida. Pienso que por ahí va esa racionalidad. Lo único verdadero, lo único racional, lo único lógico, lo único bello es que todos tengan vida. Vida es trabajo, vida es salud, vida es educación, casa, seguridad. También fiesta, porque es parte de la vida, de la vida concreta y de la vida para todos. Ustedes saben que hace 3 o 4 años estalló una revolución en el sur de México, la Revolución Zapatista y los zapatistas lanzaron un slogan, lanzaron un pensamiento: “Una sociedad donde quepan todos”, hay que agregarle todas. ¡Que hermosa utopía! “Una sociedad donde quepan todos”. ¿Y para qué sirve pregunta alguno?: para orientarlo todo hacia allá, para poder discernir si este uso de tecnología, si este medio, si este proyecto económico, si esta racionalidad es verdadera, bella, justa o si es inservible. El criterio es una sociedad donde quepan todos y todas. La vida como criterio absoluto, como criterio ético absoluto. Criterio



*Pablo Richard en el Encuentro de Reflexión Angelelli, Córdoba 1997.
Esta presentación integra el archivo audiovisual del Centro Tiempo Latinoamericano, en proyecto de digitalización y gestión.*

espiritual absoluto. Ahí vamos a la segura poniendo a la vida humana concreta como el máximo criterio de discernimiento. Todavía no es el proyecto de sociedad; todavía no es la alternativa. Pero tenemos el criterio, la racionalidad, la lógica para buscarlo y eso es lo que tenemos que ir afirmando en este periodo de transición. En otras palabras, necesitamos en este periodo hombres y mujeres profundos, sólidos, capaces de orientar la historia, de orientar la reflexión, de orientar la práctica, la afectividad, ir orientando con estos criterios hacia esa utopía. Si ya tenemos eso, tenemos la utopía hacia dónde vamos; aunque no sepamos dónde, cuándo y cómo. Si ya tenemos las personas, los sujetos, si ya

tenemos la conciencia, tenemos la racionalidad, tenemos los criterios, crean ustedes que muy pronto van a empezar a surgir las alternativas. Hay que tener mucha paciencia. No cabe duda que la noche es profunda. Sería idealista decir otra cosa. La noche es profunda. Pero como decía San Juan de la Cruz: “*Cuanto más oscura esta la noche es que ya va a amanecer*”; y es cierto. Creo que es verdad esto. Hay una oscuridad que te concentra poquito antes de amanecer. Entonces hay que tener paciencia histórica, hay que tener profundidad. No es esta época de transición de grandes éxitos o de grandes discursos.

*Digitalización: Hugo Mamani / CTL
Desgrabación: Gabriel Pereyra / CTL*